

PRECIOS

MADRID

Tres meses.. . . . . 9 rs.  
Seis id. . . . . 16 »  
Un año. . . . . 30 »

PROVINCIAS

Tres meses.. . . . . 10 rs.  
Seis id. . . . . 18 »  
Un año. . . . . 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION.

Calle de las Huertas, num. 40, principal.



PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses.. . . . . 22 rs.  
Seis id. . . . . 38 »  
Un año. . . . . 74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, num. 54.

AMERICA

Seis meses.. . . . . 38 rs.  
Un año. . . . . 70 »

FILIPINAS

Seis meses.. . . . . 60 rs.  
Un año. . . . . 100 »

ADMINISTRACION,

Calle de las Huertas, num. 40, bajo.

COSAS DEL DIA.

El temporal arrecia.

Ya en nuestro último número digimos que la mayoría del Congreso se había incomodado con D. Salustiano.

Pues lo que en un principio parecía nube de verano amenaza convertirse en tormenta deshecha.

Los progresistas le acusan por ser demasiado tolerante con las minorías.

Y la Tertulia no ha podido llevar en paciencia que echase todo el peso de su autoridad y de su campanilla sobre los Sres. Rodríguez y Moncasi.

Y cuidado, que aunque D. Salustiano es hombre de bastantes libras, los dos oradores (!) aludidos son robustos, y Dios les dé mucha salud, y capaces de soportar su peso.

Pero el caso es que no han querido sufrirlo, y que muchos creen que no será elegido presidente de la mesa definitiva.

En la prevision de este grave acontecimiento ya los aficionados á formar cábalas políticas, han comenzado á darse de calabazadas para averiguar quién le sustituirá en tan importante puesto.

Muchos desean que sea el Sr. Ruiz Zorrilla, que en

las últimas sesiones de las Constituyentes demostró que para campanero no tiene precio.

Cada dia rompía una campanilla.

Él no hubiera cometido el desacato de interrumpir á D. Vicente Rodríguez cuando iba nada ménos que á defender á la Tertulia progresista.

Es preciso que en lo sucesivo no quede indefenso ese quinto poder del Estado.

Hablar mal de un concilio ó de la Iglesia católica, pase: al fin y al cabo un buen liberal debe ser enemigo de los curas.

Pero faltar al respeto á la Tertulia...

No faltaba más.

Eso no puede permitirse. ¿Á dónde iríamos á parar? Y sobre todo. ¿Para qué hemos hecho la revolucion?



Pero es el caso que para que D. Manuel Ruiz Zorrilla se siente en el sillón presidencial tiene que abandonar el banco azul, porque, á pesar del progreso de los tiempos que alcanzamos, todavía no se ha descubierto el medio de que un hombre pueda estar sentado á la vez en dos sitios diferentes.

Y si el Sr. Ruiz Zorrilla deja de ser ministro, estalla

la crisis, y la crisis es lo que más temen los situacioneros.

Si le dice V. á cualquiera de ellos que hay crisis, es capaz de pegarle á V. un palo, y luego se irá diciendo que es V. un bribón, un anarquista, un demagogo.

Si, nada incomoda tanto á los ministeriales como que les digan que hay crisis.

Y el caso es que la hay.

Nosotros sentimos decirlo, y por no disgustar á los progresistas, seriamos capaces de no decirlo si por callarlo dejara de haberla.

Pero es lo cierto que la hay y la habrá hasta que se resuelva, que no será segun dicen sino despues de discutido el mensaje.

Para entónces se da como seguro... ¿quién es capaz de decir todo lo que se da como seguro?

Unos dicen que el duque de la Torre formará un ministerio completamente conservador.

Los radicales al oír esto ponen el grito en el cielo, temiendo que ese gobierno conservador no les conserve en sus destinos.

Otros aseguran que tendremos ministerio progresista puro presidido por Olózaga ó Ruiz Zorrilla.

¡Bueno estaria el ministerio!

Hace dos años y medio que los progresistas están de-

bargo, si quieres que abrevie, te diré que tomando el camino más corto, llegué por fin á la tienda en donde trabajaba la jóven.

—¡Gracias á Dios!

—Entré con esa gracia que me caracteriza... Saludé á una vieja que habia junto al mostrador... á dos jóvenes que estaban cerca de la puerta, vi á un gato que dormia sobre una silla...

—¿Y le saludaste tambien?

—¡Vamos! si me interrumpes no vas á llegar á saber nada.... Despues me preguntaron qué queria, á lo cual respondí disimulando mis intenciones:

Desearia ver algunas cintas.

En seguida me enseñaron algunas de diferentes colores; las habia amarillas, azules y verdes... Durante este tiempo estuve examinando á las dos jóvenes, reconociendo en seguida con el golpe de vista que me es habitual á la que tú me habias indicado.

—¿Y le hablaste?

—Ahora verás cómo me goberné para entablar conversacion con ella. Gracias á mi habilidad, hice que ella fuera la que me despachara; en seguida me preguntó qué color era el que me gustaba más, y yo no me decidia para prolongar la entrevista... En fin, otras personas entraron en el establecimiento, y entónces fuimos ménos observados...

—¿Y tú le explicaste el objeto que te llevaba allí?

—Primero me decidí por una cinta verde, con la cual hice un lazo á Orlanda... ¿Qué te parece, me sienta bien?

Y al decir estas palabras, Chaudoreille se levantó y aproximó su espada al rostro de Touquet, el cual rechazó bruscamente á nuestro caballero diciéndole al mismo tiempo:

—Merecias que te rompiera una costilla para enseñarte á no abusar de mi paciencia.

—¡Diablo! No tiene mucho de agradable el llevar á cabo una intriga contigo, dijo Chaudoreille un tanto desconcertado. Pero puesto que quieres que te diga lo que pasó, te diré que le hice conocer las intenciones del marques de Villebelle.

—¿Sus intenciones? Me parece que no te las habia comunicado.

—Me he equivocado; he querido decir su amor... su pasion... en fin, le pedí una cita para mañana á la noche.

—Yo he tenido la culpa, dijo Julia, pues debia haberle pedido el importe del cristal; por lo tanto, yo lo pagaré.

—Sí, lo pagareis, y así aprendereis á no escuchar las tonterias de esos señores que se dan mucho tono y no llevan un sueldo en el bolsillo.

La jóven italiana no respondió nada á estas palabras. Es probable que en aquel instante no fuera ni el cristal ni Chaudoreille lo que ocupara su pensamiento.

Es de noche, y hace ya algunas horas que no se oye ningun ruido en la barberia de Touquet que, segun su costumbre, ha cerrado su tienda cuando ha empezado á anocheecer, pues no admitia á nadie en su casa en cuanto era de noche.

Esta hora era la que habia escogido el barbero para comer, á pesar de que entónces se acostumbraba hacerlo mucho más temprano.

Cuando llegaba aquella hora, Margarita llamaba á Blanca, la cual abandonaba su habitacion, y bajaba á la sala baja, que por lo regular servia de comedor. Touquet comia con la jóven. Aquellos momentos eran los únicos que pasaban juntos, los cuales procuraba el barbero abreviar todo lo posible, estando en la mesa nada más que el tiempo estrictamente necesario para comer, y no respondiendo más que por monosílabos á lo que Blanca le decia, á fin de no prolongar la duracion de la comida.

Esta vez, se hallaba el barbero como siempre, sentado junto á la chimenea, esperando que bajara Blanca; pero cuando apareció esta, Touquet fijó contra su costumbre sus miradas sobre el semblante de la jóven, como si quisiera leer en sus ojos.

Sorprendida Blanca de que la mirara así, bajó sus ojos, en los cuales se retrataban el candor y la inocencia, y un ligero sonrosado cubrió sus mejillas, porque las miradas de Touquet tenian una expresion á la que no estaba acostumbrada la jóven.

Touquet pareció tranquilizarse al ver la dulce expresion del rostro de Blanca, y se sentó á la mesa, haciendo señal al mismo tiempo á la jóven de que ocupara su sitio acostumbrado.

La comida parecia que iba á ser tan silenciosa como siempre. Margarita colocaba los platos y cambiaba algunas palabras con Blanca, la cual exclamó de pronto, dirigiéndose al barbero como si recordara alguna cosa agradable:

scando gobernar ellos solitos, y no se les logra, vamos, que no se les logra.

Y es lo mejor que puede sucederles.

Están como el chico á quien incomodan los andadores; se empeña en que su madre le suelte, y si le soltara se daría un batacazo que se quedaría lo ménos sin narices.



Y hay políticos.—admírense nuestros lectores, si es que aún hay algo que pueda admirarles—hay políticos que desean y apoyan la formación de un ministerio Topete.

Este parece que sería de conciliación.

Es decir, un pisto fronterizo-cimbro-progresista, por el estilo del que tenemos.

¡Eh! ¿Qué t, a, l, tal?

El que no se ría al saber esto no es hombre de gusto. Cada vez me alegro más de no ser hombre importante y vivir separado de la política.

Porque si no eran muy capaces de llamarme á mí para formar gabinete.

Y puede que yo fuera capaz de no enviarlos á paseo.

Y el mejor día me encontraba hecho un ministro, ocupado en firmar credenciales y cesantías para satisfacción de mis deudos, amigos y paniaguados.

Pero en fin, el ministerio Topete es el que tiene ménos probabilidades.

La conciliación toca á su término.

Los cimbras son esta vez los condenados al sacrificio.

Dicen que á ciertas personas les parecen cursis, y como por otra parte son poco temibles, les van á dar con la puerta en las narices.

Confieso que de esta desgracia me consolaré fácilmente.

Y ellos también deben consolarse.

En ningún país medio regular hubieran sido nunca nada, y aquí han estado mangoneando durante dos años y medio; conque eso se encuentran.



Pues señor, no me ha gustado lo de los republicanos.

Vaya, que no me ha gustado.

Declararse amigos y aliados de la *Commune* de París ha sido una torpeza que no les hará ganar mucho en la opinión pública.

Pero se han empeñado en desacreditarse, y se saldrán con la suya.

Comenzaron por herir los sentimientos religiosos de la casi totalidad de los españoles.

Armaron luego la insurrección federal, y los excesos que en ella se realizaron contribuyeron no poco á debilitarlos.

Y ahora se les ocurre simpatizar con los rebeldes de París.

¡Qué tonterías hacen los hombres de talento por miedo á la impopularidad!

Antes dije que me alegraba de no ser político y ahora casi estoy por alegrarme de no ser hombre de talento.

De lo que me alegro con toda mi alma es de no ser populachero.

Algunos disgustillos me cuesta mi afán de decir verdades, y más medrado estaría si no las dijera, pero así he nacido y así he morir, si Dios no lo remedia, que por ahora no lleva trazas de remediarlo. Genio y figura hasta la sepultura.

Adular al pueblo me parece tan mal como adular á los poderosos.

Después de todo, al pueblo se le adula porque es también poderoso.



Pero sin quererlo, acabo tal vez de ofender al pueblo, confundiéndole con el populacho.

El pueblo no simpatiza con los que en París saquean, atropellan y asesinan.

El pueblo no puede simpatizar con los que han hecho á su patria en un mes más daño que los prusianos en toda la guerra.

Nosotros tenemos mejor idea del pueblo.

Si una parte de él pensara como la minoría republicana, sería porque estaría engañado.

La misma minoría republicana no ha debido pensar bien lo que ha dicho.

Porque ¿qué defienden los insurrectos de París?

¿La república?

Nadie la ataca, y el gobierno de Versalles ha dicho que está resuelto á respetarla.

Y ¿quienes son esos insurrectos?

Unos caballeros particulares á quienes nadie conoce.

El más famoso de ellos, el titulado general Cluseret, no tiene más antecedentes que haber sido general de los confederados en la guerra de los Estados-Unidos.

Es decir, que ha peleado por la esclavitud.

Y ¿el general en jefe?

Un polaco á quien nada importan los negocios de Francia.

Y ¿los demas?

Nadie. Los pocos hombres conocidos que había entre ellos se han separado ya de la *Commune*.

¡Pobre París! ¡Pobre Francia!

## MEMORIAS DE UN SOLDADO RASO.

(Continuación.)

VIII.

Los batallones de cazadores no suelen estar mucho tiempo en un mismo punto.

Como son cuerpos de preferencia que se mueven con facilidad porque tienen ménos plana mayor que los regimientos de línea y constan casi de la misma fuerza porque siempre se procura que estén completos, se les hace acudir á todas partes donde se teme que pueda ocurrir algo.

Así es que mi batallón fué trasladado á Cataluña, donde según decían iba á haber algo.

Esto era á principios de 1867.

Cuando recibimos la orden de marcha, yo me alegré mucho porque creí que iríamos por Valencia y deseaba ver á mi familia.

Pero no fué así.

Nos enviaron por Zaragoza.

Desde que hay ferro-carriles, la mayor parte de las marchas se hacen con mucha comodidad. Los jefes van en coches de primera clase, los oficiales subalternos en segunda y la tropa en tercera, y así se consigue que en veinticuatro horas se traslade un batallón desde Madrid á Barcelona, sin experimentar el menor cansancio.

Yo iba contento.

Cuando uno es joven siempre le gusta ver poblaciones nuevas para cuando regresa á su casa poder contar lo que ha visto.

Barcelona me gustó bastante.

La ciudad es hermosa, hay mucho movimiento y la vista del mar me alegraba extraordinariamente.

Creía que estaba más cerca de mi casa, porque aunque en realidad Barcelona dista de Valencia poco ménos

—¿Habeis oido la música de esta mañana?

—¿La música? preguntó Touquet mirando disimuladamente á la joven... Sí... me ha parecido oír...

—¡Oh! ¡era muy bonita! primero han cantado en italiano; pero después han cantado en frances. ¡Y qué bonito romance!... Pero aguardad... me parece que recuerdo el estribillo... Y al cabo de un instante empezó Blanca á cantar con voz clara y melodiosa.

*El amor es á la vida,  
lo que á la tierra es el sol.*

El barbero frunció sus espesas cejas al escuchar á Blanca.

—¿Cómo! ¿ya habeis aprendido el romance? le dijo con tono irónico.

—Todo no, el estribillo solamente.

—¿Y no le habeis oido más que hoy?

—Nada más que hoy.

—¿Habreis abierto vuestra ventana?

—No señor, aunque lo hubiera hecho de muy buena gana; lo que he hecho es acercarme á los cristales á fin de oír mejor.

—Y de ver mejor también, ¿no es así?...

—¿Para ver mejor?... ¡Oh! no señor... yo lo único que quería era oír, dijo Blanca asustada al ver la expresión de los ojos del barbero.

—¿No hay cortinas en vuestra ventana? dijo Touquet al cabo de un momento.

—Sí, señor, respondió tímidamente la joven.

—Os he advertido repetidas veces que no quiero que os expongais, acercándoos á los cristales de vuestra ventana, á que os vean todos los pajes ó bachilleres que pasen por la calle.

—¿Se me puede ver acaso detras de las vidrieras?

—Sin duda alguna...

—Pues si eso os desagrada, no volveré á aproximarme á mi ventana.

Al ver la dulzura de Blanca, el barbero tomó un acento ménos severo, y levantándose de la mesa le dijo casi con bondad:

—Subid á vuestra habitación, que yo trataré de que pronto deje de ser vuestra vida tan monótona... Sí, comprendo que no podeis estar siempre en este aislamiento...

—¡Oh! estoy muy bien, si pudiera solamente aprender el romance todo

entero... Mr. Chaudoreille siempre me canta lo mismo, y eso es bien poco divertido.

—Yo os compraré otras canciones.

—Haced por encontrar la que cantaban esta mañana:

*El amor es á la vida...*

¿Os acordareis?

—Sí, no se me olvidará... Pero espero á una persona, y es preciso que subais á vuestra habitación.

Entonces saludó Blanca al barbero, y subió alegremente á su cámara, mientras que Touquet se decía al verla desaparecer por la puerta de la sala:

—Vamos, no tenía razón en inquietarme, no le conoce.

Haría una hora, sobre poco más ó ménos, que Blanca se había retirado á su departamento, cuando llamaron á la puerta de la casa del barbero, y Margarita la abrió, dejando penetrar en la sala baja á Chaudoreille, que venía con el aire de un hombre que está muy satisfecho de sí mismo.

—Muy tarde vienes, le dijo Touquet, haciéndole señas de que se sentara.

—¿Crees tú, querido amigo, que los negocios se terminan tan pronto?

—Sin embargo, no creo que hayas estado hasta ahora en la tienda á que te he enviado.

—Sin duda que no, pero he pasado allí un buen rato, y en seguida me he ido á comer... porque, si no me equivoco, no me habias invitado á que comiera contigo...

—Bueno, bueno, pero dime el resultado de tu comision.

—Espérate un momento, vengo muy fatigado.

Y se pasó, al pronunciar estas palabras, su pañuelo por la frente; pañuelo que no desdoblaba jamás quizás por precaucion, al mismo tiempo que el barbero hacía un movimiento de impaciencia, hasta que al fin empezó á hablar de esta manera:

—Para ir desde aquí á la Cité, podia tomar dos caminos diferentes...

—¿Diablo! toma aunque sea una docena, pero llega cuanto ántes...

—No solamente llegué, sino que ya estoy de vuelta. Pero volvamos á lo que te iba diciendo. Me decidí por el *Puente Nuevo* y...

—¿Te estás burlando de mí?

—No, pero me parece que debo decirte todo lo que he hecho..... Sin cu-

## LOS OBREROS.

CARTA QUE ESCRIBE Á SU PADRE LA MUJER DE UN OBRERO.

Padre mio de mi alma: Quiero hoy escribir á V. una carta larga contra mi costumbre, y aunque me cuesta tanto trabajo hacer estos garrapatos como á V. le costará descifrar lo que dicen, estoy muy triste y hallo consuelo escribiendo á V., que tanto me quiere.

Hace ya tiempo que no soy tan feliz como lo era en los primeros años de mi matrimonio, pero no he querido decir á V. nada hasta hoy, dudando si todo ello seria aprension de mi cobarde espíritu; ya sabe V. que siempre he sido tímida y apocada, pero hoy me decido á contarle á V. lo que pasa, segura de que un tierno consuelo y un buen consejo no han de faltarme en contestacion á esta carta. No vaya V. á creer que mi marido, Dios le bendiga, me maltrata ó me es infiel; no señor, eso no, que él es bueno, y si ahora anda extraviado, confío en que Dios le traerá á buen camino; es decir, yo creo que se extravía, pero Dios me perdone, no le quisiera ofender... acaso no tengo razon bastante para decir eso, y por esto escribo á V. para que me diga lo que piensa.

Mi marido era, padre mio, cuando nos casamos, y mucho despues, un trabajador incansable, y tan hábil que, áun siendo malos tiempos, nunca se quedaba él sin trabajo, y el dueño de la fábrica le distinguía y apreciaba mucho, tanto que cuando estuvo enfermo dos meses, que creí que se me moría, le dió el jornal como si trabajara, y cuando nació nuestro primer hijo, bien me acuerdo de lo contento que vino con media onza que de regalo le habia dado aquel señor, y dos libras de chocolate para mí.

Eramos felices, y en nuestra humilde y honrada condicion, nada nos faltaba; podía decirse que viviamos en la abundancia; pues de los veinte reales que ganaba mi marido, casi ahorrábamos seis ó siete cada día, y nada debiamos á nadie y á nadie le envidiábamos su fortuna. Por el contrario, muchas veces, hablando de los ricos, decia mi marido:—«¡Sabe Dios los pesares que tendrán, los afanes que les costará tener tanto dinero!» Nunca le oí quejarse del trabajo, nunca tuvo pereza para ir á la fábrica, y siempre me hablaba con elogio del dueño de la fábrica, hombre afable, cariñoso y amigo de sus obreros, y que, dueño de un gran capital, no hacia como otros que se van á gastarlo en el extranjero ó lo emplean en comprar un papel que llaman del Estado, y que dicen que da muy buena renta sin trabajar, sino que lo emplea en mantener á muchísimas familias de honrados trabajadores, y él trabaja como uno de tantos desde el amanecer en su escritorio.

Nuestra casa, padre y señor mio, respiraba alegría, y bastante sentia yo que V. no pudiese venir á Madrid, por sus achaques, á ser testigo de nuestra dicha y á conocer á sus nietecitos, que buenas ganas tengo de que los vea V.; el mayor se parece todo á V., tan serio y tan grave, como que mi marido cuando tenia buen humor decia que habiamos de ir guardando dinero para darle carrera y hacerle abogado ó ministro; y los dos pequeños son dos diablejos tan listos como su padre y con una inteligencia, aunque me esté mal el decirlo, que da gozo verlos y oírlos.

Pero voy á lo que iba diciendo; hace tiempo, no mucho, que mi marido, que ántes no se juntaba con nadie, ni iba al café y mucho ménos á la taberna, es otro hombre; parece que se han llevado uno y me han traído otro. Ya no está alegre, y muchas veces cuando yo le insto cariñosa á que me diga la causa de sus penas, me aparta con desvio ó me contesta con enojo; ya no va con gusto al trabajo, y áun hay algunos días que no va, porque dice que tiene que hacer cosa más importante, y ya no habla con elogio del bueno de D. Fermin, el dueño de la fábrica, y hasta me parece, Dios me perdone, que le ha cobrado aversion y antipatía.

No puede V. figurarse, señor y padre mio, cuánto me duele oírle quejarse de su suerte, y hablar de la irritante desigualdad de la suerte, y de la tiranía del capital, y de los derechos del trabajador, de estos derechos, habla mucho, y asegurar que los obreros de no sé dónde, hacen bien en no ir á trabajar, y en impedir que vayan otros, y en fin, señor, que yo no sé qué enemigo malo se ha apoderado de mi marido que tal me le ha puesto. Me da miedo ver á veces la expresion de su rostro, donde parece como que se pinta el odio y la más sombría tristeza, y no puedo ménos de llorar muchas veces cuando pienso que ningun motivo tenia mi marido sino para estar muy contento, siendo hombre honrado y hábil trabajador. Pues qué, pienso yo, ¿es alguna deshonra ser trabajador?... Si él ha nacido pobre y de padres de condicion humilde,

¿no puede considerarse dichoso con tener una profesion honrosa que, si no riqueza, le da para vivir decentemente?... Más triste sería su suerte si habiendo nacido rico, los vicios y la holgazanería le hubiesen reducido á la miseria. ¿No es un agravio á Dios quejarse él de su suerte cuando está viendo tantos desgraciados, tantos que están impedidos y no pueden trabajar, tantos que piden limosna, tantos, en fin, que por sus vicios van á presidio á pasar allí los años de su juventud?... ¡Ay! ¡padre mio! tiemblo al pensar todo esto, y sobre todo al considerar la sinrazon de mi marido.

Ya se acabó el ahorro, ahora mi marido lo gasta todo, no sé en qué; parece que como tiene tantos amigos no le faltan ocasiones de gastar; ya se acabó sacarme á paseo al campo, que tanta falta les hace á los chicos, los días de fiesta, y se acabó tambien aquel jugar como otro chico con sus hijos, y tener todo su gusto en comprarles vestiditos nuevos y llevarlos hechos unos ángeles.

Los días de fiesta, y muchos de trabajo, va mi marido á no sé qué reuniones donde dice que se habla de lo que importa y se asegura el porvenir de los obreros, que bien asegurado lo tenía él por cierto sin más que haber continuado como en los primeros años de nuestro matrimonio.

Yo soy una pobre mujer ignorante, que no sabe más que amar á Dios, á su marido y á sus hijos y á V., queriendo padre mio, y puede que esté equivocada, puede que sea verdad que de esas reuniones va á veniros la felicidad, y que mi marido tiene todos los derechos que dice, y que el bueno de D. Fermin, el dueño de la fábrica, sea un tunante, aunque no son de tal sus acciones; pero el caso es que estoy apenada y triste, y que tengo penosos presentimientos, y me parece que mi marido se extravía de la senda segura y fácil para entrar por otra insegura y peligrosa.

Otra cosa me acongoja, padre mio; mi marido ya no pone cuidado en enseñar la doctrina cristiana á sus hijos, y cuando yo rezo y les hago rezar, no me dice nada, eso no, pero nos oye con una indiferencia que me aflige.

El tiene su idea fija, idea que le atormenta de seguro; no sé qué cosas le habrán dicho ó habrán leído, porque eso sí, él tiene ahora muchos papeles y cuadernos que no sé de qué tratan, y... en fin, padre mio, yo siento en mi conciencia que tengo razon para estar triste, y si yo pudiera expresar bien lo que siento, V. comprenderia perfectamente mis temores y mis inquietudes.

Mi marido sufre, no tiene duda; eso lo conoce una mujer amante, por muy ignorante que sea; ha perdido la calma, acaso ha perdido la fe, y lo que oye en esas reuniones adonde acude, tan contrario á lo que ha sido hasta ahora su existencia, se fija dolorosamente en su imaginacion y le atormenta y le... Yo no sé explicarme, padre mio, y mucho ménos escribiendo; si hablase con V. acaso me haria entender más fácilmente.

Escribame V. padre mio, dígame V. algo que me consuele y aliente, y si es que soy una tonta, que me alarmo sin motivo, dígame V. francamente. ¡Ojalá fuera así!

Le envia mil besos su hija que le quiere.—*María.*

## CASCABELES

Se ha concedido el Toison de oro á un señor príncipe de Carignan y la banda de damas nobles á unas señoras princesas extranjeras.

Y pregunto yo, ¿qué favor nos han hecho ese señor y esas señoras?

Lo digo para estarles agradecido por la parte que me toque.

El Senado ha elegido para redactar el mensaje de contestacion al discurso de la corona, á los Sres. Laserna, Silvela, Figuerola, Cervino, Eraso, Cantalapiedra, Seoane. ¡Gracias que están en la comision los Sres. Laserna y Silvela! Si no el espectáculo sería chistosísimo.

Por supuesto que no va á haber tiempo de discutir los presupuestos, y se plantearán por autorizacion.

¡Apénas criticaban esto los señores que ahora gobiernan cuando no gobernaban ellos!

Decididamente este gobierno ha venido á hacer buenos á todos los anteriores, hasta á los más malos.

que Madrid, cada vez que yo me acercaba á la orilla del mar y pensaba que aquella misma agua era la que tantas veces habia visto en la playa del Grao, cuando los domingos por la tarde iba á merendar con mi familia, me hacia formar la ilusion de que estaba á muy corta distancia.

Los catalanes tienen el genio un poco brusco, pero son trabajadores y en general buena gente.

Los hombres del pueblo van muy bien vestidos, y las mujeres son muy guapas; no tan bonitas como las valencianas, pero mejores mozas.

Todos ellos son sumamente alegres.

Los domingos hay una infinidad de bailes campestres que se celebran debajo de hermosas tiendas de campaña, donde la gente del pueblo pasa agradablemente la tarde.

Son muy aficionados al teatro, y los obreros de las fábricas en lugar de ir á la taberna, como sucede en otras partes, van al café y á la ópera.

Los catalanes quieren poco á los soldados.

Esto consiste por un lado en que siempre les han estado amenazando con ellos; y por otro en que creen que el soldado come sin trabajar, y esto disgusta á aquel pueblo laborioso.

En esto cometen un gran error.

El pobre soldado no tiene la culpa de serlo, y si las quintas no le sacaran por fuerza de su casa, no iria á aprender el ejercicio ni á pasear por las calles con el fusil al hombro.

Si pensarán en esto les compadecerian en lugar de odiarles.

Y como ellos mismos se ven obligados á ingresar en el ejército, creo que bien podian pensarlos.

Pero el hombre siempre es injusto, y en Cataluña no puede ménos de ser como en todas partes.

En el mes de Agosto tuvimos que ponernos todos en movimiento.

El general Pierrad habia logrado entrar en España por Aragon.

Los carabineros de la comandancia de Huesca se sublevaron en número de unos ochocientos á mil infantes y doscientos caballos.

Al mismo tiempo otros jefes revolucionarios aparecieron en diversas provincias, levantando partidas bastante numerosas.

La montaña de Cataluña y el campo de Tarragona se llenaron en dos días de fuerzas rebeldes.

Las autoridades no perdieron tiempo.

Organizaron columnas más ó ménos fuertes, segun el objeto á que cada una se destinaba, y con todas ellas emprendieron la persecucion de los sublevados.

Mi batallon fué destinado á operar en Tarragona á las órdenes del general Izquierdo.

Entre los soldados corrian los rumores más disparatados.

Unos decian que se habian sublevado varias capitales con las tropas que las guarnecian.

Otros que el general Prim se dirigia por mar á Barcelona, y que la mayor parte de los coroneles no esperaban más que su llegada para sublevar sus regimientos, y marchar con él contra el gobierno de Madrid.

Nada de esto como vi despues era verdad.

El general Prim no apareció en ninguna parte, y todo el ejército permaneció fiel al gobierno, ménos los carabineros de Huesca, que iniciaron el movimiento.

En casi todas las sublevaciones militares suele suceder lo mismo.

Todo el mundo se compromete á secundarlas, y cuando llega el momento, el que da el grito se queda sólo, sus compañeros de conspiracion le dejan en las astas del toro, le combaten, y toman buenas recompensas por su valor y lealtad.

Entonces los paisanos se sublevaron en gran número, como he dicho ántes.

Pero los paisanos en el campo pueden poco, y no son nada temibles.

En tiempos de la guerra Civil, como no habia telégrafos, ni caminos, ni elementos de ninguna clase para trasladarse con velocidad de un punto á otro, pudieron los facciosos organizarse á su gusto, acostumbrarse á la vida de campaña haciendo marchas, foguearse en pequeños encuentros ántes de dar acciones campales, y en una palabra, hacerse soldados, para emprender luego grandes operaciones.

Ahora todo es distinto.

(Se continuará.)

E. ZAMORA Y CABALLERO.

Se han dado las gracias, en orden dictada por el ministerio de la Guerra, al brigadier Rodriguez por el buen desempeño (?) ejercido en la sumaria que instruyó contra el duque de Montpensier y el conde de Chestre.

¡Desempeño ejercido!... ¡Anda! ¡anda! ¡y los académicos devanándose los sesos para hacer Gramáticas perfectonadas!

¡Cuando la digo á V. que la adoro!

Muchas gracias, señor brigadier, muchas gracias.

El caso no es para ménos.

La Paz hace ver que si bien la revolucion de Setiembre ha sido fecunda en desgraciados sucesos, ha sido en cambio infecunda en buenos y grandes resultados; que hasta ahora sólo ha servido para promover la confusion más espantosa, para rebajar los caracteres é introducir la inmoralidad hasta en aquellas capas sociales, hasta ahora libres del contagio, y prevé un próximo cataclismo por haber sido engañado el país, haberse empeorado la Hacienda y destruido casi por completo el principio de auto-ridad.

Lo mismo estoy diciendo yo hace dos años y no me hacen caso.

De la revolucion no han sacado provecho más que las nulidades elevadas por arte de encantamiento, los militares que se *preñuncian* y unos cuantos apreciables fon-distas.

—Pero, esposo, ¿tú no eras carlista?

—Si, pero ahora soy progresista, radical, cimbro, en fin, soy lo que sea Ruiz Zorrilla.

—Pero hombre, habiendo sido toda tu familia y la mia carlistas.

—Si, hija, si, ya lo sé, pero ya ves, tenemos fonda abierta. Me parece que esta es razon poderosa.

Tenemos entendido que los catedráticos de la facultad de filosofía y letras se han reunido con objeto de proponer al gobierno, en lo cual se hallan todos conformes, la reinstalacion en su cátedra del digno individuo de aquella facultad, Sr. D. Severo Catalina, honra de las letras y del profesorado.

Esta resolucion es digna de tan ilustrados y rectos profesores.

Veremos lo que hace el gran Ruiz Zorrilla.

La Asociacion popular para la instruccion de la clase obrera del distrito del Hospital, en vista de lo resuelto por el ayuntamiento de Madrid, que redime del servicio militar á los quintos pobres que sepan leer y escribir, ha acordado abrir clases extraordinarias de lectura y escritura desde 1.º de Mayo, para enseñar *grátis* á todos los jóvenes de 20 y 21 años que entren en este reemplazo y carezcan de los referidos conocimientos.

Las horas de clase serán desde las ocho de la noche en adelante.

La matricula se halla abierta en la secretaria de la Asociacion, calle de Atocha, núm. 64, piso principal.

Recomendamos la lectura de los artículos que con el título de *La cuestion de las cuestiones*, acaba de publicar nuestro amigo el Sr. Campo.

Sus sanas doctrinas desvanecen preocupaciones y enseñan procedimientos prácticos que pueden convenir á las clases pobres, siendo tambien útiles para las acomodadas. Escritos de esta índole merecen no pasar desapercibidos, y los dueños de fábricas y talleres ganarian mucho dándoles á leer á sus operarios.

Cuatro hombres cometieron un espantoso crimen en Benabarre, y sentenciados á muerte, sin circunstancia alguna atenuante, ha sido indultado uno de ellos por el gobierno.

Nos parece que esto no es justo; si se ha querido ser generoso ha debido extenderse el indulto á todos los reos, y de no poder indultarlos por lo enorme del delito, dejar iguales á los cuatro.

Esto era lo justo.

¡Espanta considerar qué horribles habrán sido los últimos momentos de los tres reos no indultados! Las cosas, señores gobernantes, deben hacerse por entero ó no hacerse.

Digo, me parece á mi.

Por lo demás, nosotros no queremos que haya pena de

muerte, pero queremos tambien que los señores ladrones y asesinos empienen por hacernos el favor de indultar á los hombres honrados.

El domingo tienen dispuesto los dueños del café Europeo un banquete para obsequiar á los directores de periódicos, al cual han tenido la bondad de invitarnos.

Damos las gracias, pero nosotros no vamos á banquetes, porque no queremos que se nos confunda con los politiquillos.

Preferimos el puchero en casa, unas patatitas fritas de principio y un poco de queso manchego por postre, de todo lo cual participa nuestro benemérito perro, único personaje que no ha recibido condecoracion ninguna española ni extranjera.

Por lo demás, sabemos que en el café Europeo se come muy bien; nos lo ha dicho un competente progresista de la situacion, y esperamos que los gastrónomos, es decir, los políticos, favorecerán con su asistencia el nuevo *restaurant*.

No se qué autoridad militar ha reunido á los músicos mayores de la guarnicion para excitarles á que vayan ensayando piezas de efecto para alguna festividad régia.

Pues ¿qué hay? ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

Los liberales han debido aprender en el aula de *El maestro de Escuela* que decia á todo: ¡Música! ¡Música!

La costosisima reproduccion foto-tipográfica de la primera edicion del *Quijote* ha comenzado ya, y pronto se repartirá la primera entrega. Esta edicion está ya completamente asegurada, sin que se le haya ofrecido el menor apoyo oficial, por lo cual damos la enhorabuena á la empresa.

El servicio de correos continúa en el estado más deplorable que es posible imaginar. Se pierden cartas, se pierden periódicos; los números y tomos de *Los Niños* llegan, cuando llegan, hechos una lástima.

Este gobierno ha tenido el tino singular de echarlo todo á perder más de lo que estaba.

—Pero, hija, siempre te encuentro en la calle.

—¿Qué quieres, hija? en casa me aburro, y todos los dias voy á comer en casa de las amigas.

—Pues, ¿y tu marido?..

—Mi marido no come nunca en casa; siempre está de fonda.

—¡Ah! es verdad, no me acordaba de que es progresista.

El otro día dijo no sé qué ministro en las Cortes:

«El gobierno tiene la conciencia de sus actos y el apoyo del país.»

¿De qué país?..

Hoy sábado se abre el circo de Price. La compañía es excelente, y habrá ejercicios de destreza y equilibrios maravillosos, aunque no tanto como los que hacen los politiquillos.

Toda la prensa elogia el libro de *De doce á una*, que acaba de publicar nuestro colaborador D. Ricardo Sepúlveda.

Celebramos que la prensa haga justicia al mérito del libro de nuestro colaborador.

Eran los últimos dias del sitio de Paris.

No habia ya nada que comer.

Un padre de familia, viendo á sus hijos hambrientos, y teniendo valor para morir él y no para ver morir á sus hijos, hizo el sacrificio de disponer que un perro que tenia fuese servido asado.

Los niños comieron, no tenia el perro mucho que comer por cierto, y no dejaron más que los huesos.

Y el pobre padre, con lágrimas en los ojos, mirando los restos del perro, exclamaba:

—¡Pobre Apolo! (así se llamaba el perro) ¡Con qué gusto hubiera él roído estos huesecillos!

Al Sr. Gambetta, que está en Madrid, le ha gustado el gobierno que hay ahora en España.

Si se lo pudiera llevar á Francia, no perderiamos mucho, pero no... ¡pobre Francia!

Suplico al ministro de Hacienda que disponga me caiga en la próxima loteria el premio gordo.

Mis intenciones no pueden ser más patrióticas y ministeriales.

Con ese dinero trato de poner una fonda.

Recomendamos el anuncio de carbones del Sr. Diaz, por la rebaja que hace en los precios, clase superior de los carbones y exactitud con que dá el peso, se hace acreedor á la estimacion del público.

SOLUCION DE LA CHARADITA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Asomada á la ventana  
está siempre mi vecina,  
es una chica divina,  
pero tonta y casquivana.

Un alférez que, haciéndose progresista, espera llegar pronto á general.

CHARADITA.

De la primera y segunda  
es grande amigo el borracho,  
y ves la tercera y cuarta  
en la tropa de á caballo;  
la segunda y cuarta abundan  
en los lugares *non sanctos*  
donde tiran de la oreja  
al señor Jorge afamado;  
prima y cuarta hay en el mar  
y aprovechanlas los barcos,  
y se cye el todo en cuarteles  
donde hay hombres y caballos.

ANUNCIOS

PORVENIR DE LAS FAMILIAS.

Se compran sus Pólizas, Tutelar, Caja U. de Capitales, Cédulas de La Nacional, Crédito Comercial, y otros valores. Montera, 32, tabaqueria de C. Gonzalez, Provincias mandarán sello. —10

LOS NIÑOS  
REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado dos tomos, y se está publicando el 3.º. En los dos tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España.

Salen tres números al mes, impresos en magnifico papel, con profusion de bellos grabados.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

A todo el que se suscriba, se le regalará el ALMANAQUE DE LOS NIÑOS para 1871.

Administracion en Madrid, calle de las Huertas, 40, bajo. Las suscripciones de provincia pueden dirigirse con su importe en libranza ó sellos á D. C. Frontaura, Huertas 40, principal.

A LAS SEÑORAS.

En ocho lecciones se enseña á coser á máquina con perfeccion. Honorarios, 6 rs. cada leccion. Abada 15, segundo derecha.

Coke del gas con astillas 12 rs. quintal. Castañilla 9 id. id. Carbon de escina 20 id. id., peso exacto. Tahona de las Descalzas, núm. 6 y Farmacia, número 1.

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU,  
remedio seguro para todos los que padecen de

catarros, ronqueras y demás afecciones de pecho agudas y crónicas, facilitando siempre la expectoracion.

Es el medicamento mas cómodo, agradable y de resultados tan eficaces, que á las primeras pastillas el enfermo siente ya un gran alivio.

Se vende en Barcelona, Farmacia del Dr. Andreu, Bajada de la cárcel, 6.—Madrid, Dr. Simon, Caballero de Gracia.—Sevilla, Botica de Lopez Blesa, Plaza de la Encarnacion.—Valencia, Dr. Aliño, plaza de Calatrava.—Zaragoza, doctor Miret, calle de las Danzas.—Valladolid, Farmacia de Huerta.—Pamplona, doctor Colmenares.—Santiago, M. Blanco Navarrete.—Logroño, D. Zardoya y Mahon, Dr. Treixidor.—Farmacia de Ubon, Ciudad-Real.—Farmacia de Bellido, Alicante.

ADVERTENCIA. Los enfermos de tisis que se hallen ya en el último periodo de su enfermedad, hallarán solo en nuestra pasta pectoral un notable alivio en los accesos violentos de tos, sin detener no obstante el curso de una enfermedad tan terrible, cuya curacion desconoce completamente la ciencia hasta el día. Dr. Andreu. (15)

PASTILLAS INFALIBLES

Para curar radicalmente las tercianas y cuartanas, por rebeldes que sean.

La esperiencia de muchos años, la prontitud en recuperar el apetito, buen color y completa salud el enfermo, es la mejor garantia para tan prodigioso medicamento.

Se vende en Madrid al precio de 30 rs. dosis en las boticas de D. José Moreno, calle Mayor, núm. 93; Postigo de San Martin núm. 23; y por mayor con gran descuento Don Manuel Martinez, calle de Silva núm. 3, tienda. (0)

MADRID.—1871

IMPRESA, FUNDICION Y ESTREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO, CALLE DEL CID, 4. (RECORRETO)